

Al soplo de las auras despliegan sus corolas,
Acude á colocarlas fragantes en tu sien!
Anhelo recordarte la historia de otros días,
Cuando los dos tuvimos fugaces alegrías
Habiendo transformado el mundo en un Edén.

Que lleguen á tu alma mis cánticos dispersos
Que surjan esplendentes y diáfanos los versos
Brotando de mi mente fecunda inspiración;
¡Oh virgen seductora! paloma de alabastro
La de ojos pensativos, fulgentes como un astro,
Princesa de mis sueños,—te doy mi corazón.—

José Flores.

Es el Señor Romero
Romero

LA PRIMERA IMPRESION.

(Para "La Bohemia.")

Juan era un buen muchacho, tan bueno como desgraciado. Parecía que el sol de la vida, el sol que se desperdicia en jardines y caminos, el sol que besa á las rosas frescas y ayuda la incubación en los nidos y rueda ebrio en las avenidas al medio-día, jamás había quemado su frente ni deslumbrado sus ojos.

Hijo del cocinero de un seminario con él había vivido siempre, y dijérase que en su rostro anémico y pustuloso, había algo de la austeridad sombría de la casa y de las tristezas de la cocina. Parecía que los murciélagos domiciliados en el ruinoso edificio habían espolvoreado en la cara de Juan, el polvillo plumizo de sus alas.

No conocía la vida aquel muchacho. Oía misa en la Capilla del seminario y cuando salía á la calle era para ir á maitines á algún templo. Su infancia la había pasado al calor del fogón y al despertar de su juventud no había asistido la buena hada de una ilusión ni la visión tentadora de un deseo.

Se sabía que Juan era joven porque la pubertad dejaba en su rostro pálido, con la palidez violada de los cadáveres, innumerables pústulas, cráteres del volcán de las pasiones. Mas parecía que la juventud, azorada de aquel organismo muerto, no había querido darle todos sus entusiasmos y energías. Semejaba un niño idiota, sin otra ilusión que presenciar el desfile diario de la procesión negra de los colegiales.

Una ocasión le dijeron que iba á entrar un regimiento y quiso presenciar la llegada.

Salió con mucha anticipación y se posó en una esquina á esperar la hora.

Pasó junto á él una muchacha y casi al oído le dijo, haciéndole un gracioso mohín:

—Vente, chiquitín, te quiero!.....

Y se alejó con graciosa zandunga, levantando con coquetería la falda para enseñar una pierna regiamente modelada.

Juan sintió un mareo,—¡oh traidora juventud!—y cuando volvió de su azoro, vió